

EL REGRESO DE MADRID

LUIS CARANDELL

EL Mosca y Usera tienen solera». He asistido este año a las fiestas del barrio de Usera que se extiende al otro lado del Manzanares a la altura del puente de Praga. Recorriendo sus calles engalanadas con farolillos, mantones de papel y humildes guirnalda de cadeneta, me ha parecido que estamos asistiendo al regreso de un cierto Madrid que permaneció sumergido en estos años de prepotencia capitalina.

Los antiguos no hablaban casi nunca de Madrid sino de los Madriles, lo mismo que hablaban de las Españas. Y ahora que las Españas buscan la identidad perdida, nada de particular tiene que la busquen también los Madriles. Pero en el improvisado casticismo de la fiesta hay mucho más que mantones de manila apenas hilvanados en tela de colores. Desde los tiempos en que este famoso castillo aliviaba el miedo del rey moro, Madrid es ciudad de heroicas resistencias. Alfonso VI, Carlos I, Pepe Botella y Franco tuvieron que pagar un alto precio por su victoria sobre este pueblo de Madrid -Viva Madrid que es mi pueblo- que, vencido, nunca se sometió.

En la colonia Moscardó, en Almendrales y el Zofio, los vecinos han sacado mesillas a la calle. Convidan a los que pasan a limonada hecha con vino y fruta, gaseosa y licor. «Tómese una limonada, hijo, está fresquita». La niña ha puesto el tocadiscos -el tocata- en la ventana, «Niña, bájalo un poco», y unos chicos bailan en la calle. Otro vecino ofrece al desconocido pascante sardinas y chuletas. «¿Le gustan a usted los entresijos?»

El barrio de Usera tuvo su origen en una pequeña colonia cuya construcción se inició en 1932, por iniciativa de un concejal socialista, Saborit, en tiempos en que era alcalde de la villa el republicano don Pedro Rico y ministro de Obras Públicas don Indalecio Prieto. Se constituyó una cooperativa

de trabajadores con el nombre de «Salud y Ahorro». El resultado fue un agradable barrio de casas de no más de tres pisos y, en algunos sectores, de hotelitos con jardín, ordenadas según un racional criterio urbanístico. Mientras que, en el mismo distrito de Villaverde, al que Usera pertenece, edificios de menos de diez años de antigüedad han tenido que ser derribados o siguen dando a los vecinos quebraderos de cabeza por las grietas de sus muros o la endeblez de sus tabiques, esta colonia mantiene su dignidad arquitectónica después de medio siglo de existencia.

«Las calles son abiertas, despejadas, y en el centro de la Colonia hay una preciosa plaza -a ver, dígame usted barriadas de Madrid que tengan una plaza como esta-, dice un vecino-, que lleva el nombre de Francisco Ruano, pero a la que llaman algunos Plaza Romana, por la columnata que la adorna.

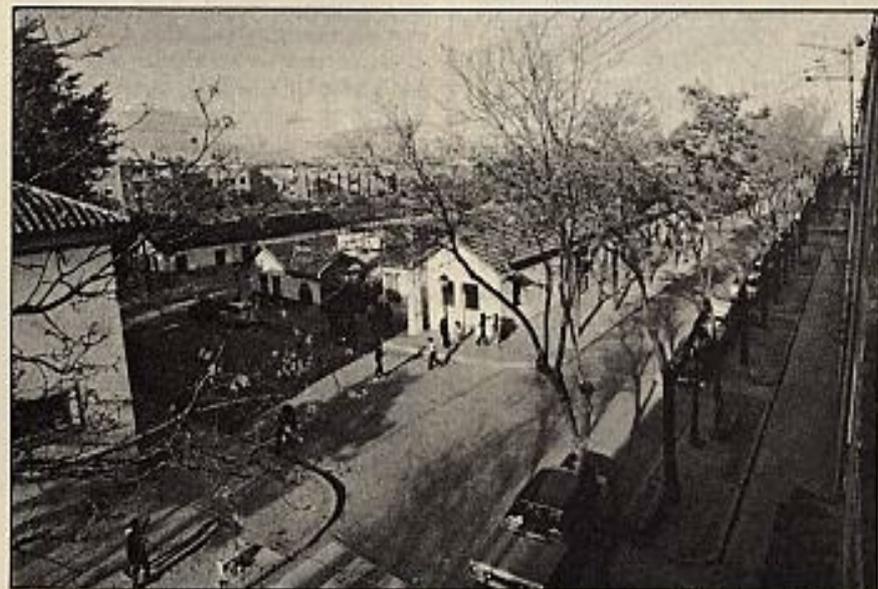
Después de la guerra, la Colonia Salud y Ahorro pasó a apellidarse Moscardó, por ciertas ayudas que el general procuró al barrio cuando era

Delegado Nacional de Deportes. De entonces data la función del Club Deportivo Moscardó, popularmente conocido por el «Mosca», uno de los equipos de más entusiasta seguimiento entre los de las barriadas de la capital. El Mosca, que llegó a estar en Segunda, recluta a sus seguidores no sólo entre los vecinos de Usera, sino en otros barrios del distrito de Villaverde.

Pero el nombre de Usera no procede de esta colonia a la que las imposiciones de la política aconsejaron bautizar con un apellido de la historia del franquismo al tiempo que la faja republicana que lucía el alcalde don Pedro Rico en el retrato que se guarda en el Ayuntamiento era repintada con los colores de la bandera española. El nombre de Usera, decía, procede de un coronel del Ejército, don Marcelo Usera, que se había casado con la hija del tío Sordillo, un terrateniente propietario de fincas al otro lado del Manzanares.

Don Marcelo fue el promotor de un barrio que entonces pudo considerarse modelo y que aún mantiene su buena traza. Pasar de la colonia Moscardó a la calle de Marcelo Usera, es como pasar del cooperativismo obrero al capitalismo paternalista. El papel jugado aquí por el Coronel Usera y su familia se hace patente en los rótulos de las calles. La principal está dedicada a don Marcelo, mientras parientes suyos como Nicolás, Isabelita, Amparo y Gabriel bautizan con el mismo apellido otras calles del barrio. El resto de los nombres corresponde a amigos, vecinos, empleados y colaboradores del coronel promotor.

De mucha menor calidad urbanística, aunque hoy están siendo objeto



«La colonia Salud y Ahorro dió origen al barrio de Usera.»

de remodelación, son otros sectores del barrio que llevan los nombres de El Zofio y Los Almendrales. El lugar donde se levanta El Zofio fue en tiempos llamado Campo de las Calaveras por los muchos enterramientos allí encontrados, testigos de la guerra civil que tuvo aquí las trincheras del asedio a Madrid.

A principios de siglo y hasta que se inició la construcción de la colonia Salud y Ahorro, Usera era un descampado con dispersas chabolas y campos de cultivo en el que los madrileños de la época consideraban peligroso aventurarse. Prueba de ello es que en alguna novela de Eduardo Zamacois se denomina «puente de los ladrones» a un puente de madera que se había hecho paralelo al de Praga. Antes de la guerra, un tranvía enlazaba el barrio con Madrid. Los vecinos recuerdan aún que se le llamaba popularmente con el expresivo nombre de El Solitario. Hoy Usera ha quedado unido a la capital por la nueva línea del Metro que enlaza los Carabanchales con Cuatro Caminos.

Acompañé a algunos directivos de la asociación de vecinos y de la comisión de fiestas, así como al concejal socialista Emilio García Orcajo, en el paseo que dieron por las calles del barrio al objeto de repartir los premios. En el Zofio, en los Almendrales, las calles estaban espléndidamente engalanadas y los vecinos salían a explicar al jurado las características de su trabajo. Había un entusiasmo extraordinario en esta competencia de las calles del barrio.

Si yo, que no tenía voz ni voto, hubiera de elegir la calle que más me gustó, quizá me decidiría, sin embargo, por la Calle Nochebuena, en la Colonia Moscardó, una calle pequeña con una sola entrada, de casas de tres pisos. En la Colonia, como en todo el barrio de Usera —ni siquiera el índice de paro que en estos días llega allí al 30 por ciento parecía haber disuadido a los vecinos— las calles estaban bellamente adornadas. Pero las calles anchas ofrecen mayores dificultades a la hora de tender la cadeneta de papel hecha a mano o las guirnaldas. El tamaño de la calle Nochebuena resultaba ideal para hacer lucir con brillos de fiesta el trabajo de los vecinos. Abanicos de papel en las ventanas, mantones en las fachadas, ristas de cristal suspendidas que se mecían levemente al viento con reflejos tornasolados. Salió el vecino que hacía las veces de presidente y, mientras tomábamos con él la limonada de la hospitalidad, nos mostró con delectación, con orgullo casi «nacionalista», su minúscula patria engalanada. ■ L. C.



«El Carnaval caribeño de Notting Hill fue simplemente una gran verbena con mucho reggae y soca, mucha marihuana y mucho alcohol, pero no estallaron los molotov ni volaron los adoquines como en abril y julio pasado.»

Gran Bretaña

CARNAVAL, RUSOS Y CARRERAS LABORISTAS

EMILIO LOPEZ MENDEZ

CIERTAMENTE, cuesta creerlo: 9.000 policías vigilaron los tres días y las tres noches del carnaval caribeño de Notting Hill, y a los retenes, cómodamente instalados en un colegio del barrio, les pasaban la película «Enmanuelle» para combatir el aburrimiento. Nueve mil sonrientes *bobbies* barbilampións, rubias matronas de anchas caderas embutidas en faldas azul marino y con radio receptor de ininterrumpida letanía a lo pato Donald y cuarentones policías con doradas condecoraciones y blanco bigote de puntas erectas, nueve mil que ocuparon Portobe-

llo y All Saints Road, temiendo que el barrio reventara como reventaron Brixton en abril y Liverpool y Manchester en julio. Pero no pasó nada. Es decir, ni estallaron los molotov ni volaron los adoquines, fue simplemente una gran verbena con mucho reggae y soca (lo último en música caliente: soul más calipso), mucha marihuana y mucho alcohol, acompañando a carrozas de orquestinas incansables, disfraces de ridículos emperadores destronados, subdesarrollados viajeros del espacio y multicoloreadas bailarinas africanas que despertaban inconfesables deseos y ritmos lujuriosos en las atrofiadas piernas de los blancos europeos.

Tres días de carnaval negro en la